



PREGON MATANZA. DICIEMBRE 2015.

Joaquín Esteban Cava

*No se puede luchar contra el destino,
quien nace lechón muere gorrino.*

Buen día, amigos y amigas de la asociación cultural Mansiegona.

Gracias a todos los que hacéis que este gran proyecto que es Mansiegona tenga continuidad, año tras año, a pesar del esfuerzo que supone.

De entre las actividades programadas por la asociación, esta de la matanza fue la primera y tal vez sigue siendo la celebración más importante de todas. Hoy cumple 11 años. Felicidades.

Comienzo el pregón preguntando: ¿Qué significa la matanza en Masegosa? Y respondo, tal y como lo veo yo.

Para nosotros, que la celebramos ahora, es una fiesta de hermandad entre quienes viven habitualmente en el pueblo y quienes nos sentimos de aquí –por raíces o por afinidad–, alrededor del sacrificio de un cerdo.

Pero, además de ser una fiesta de encuentro de masegoseños, la matanza es también la conmemoración, o sea, el recuerdo de un acto de supervivencia que las familias del mundo rural, nuestro pueblo entre tantos otros, practicaban cada invierno, con el propósito de ahuyentar el hambre.

Porque el gran valor de Mansiegona consiste, fundamentalmente, en recuperar tradiciones interrumpidas en nuestro pueblo, quiero hacer el pregón que se me ha encargado recordando lo que nuestros padres, abuelos, y de ahí para atrás muchísimos siglos antes hacían.

Pongámonos en la década de 1960, justo cuando se cerró un ciclo de vida tradicional campesina en nuestra tierra. De golpe, por razones que no vienen a cuento, los pueblos se vaciaron para emigrar a las ciudades industriales. Con ese momento empalma la recuperación de la matanza tradicional que hoy festejamos. Lo contaré desde mi vivencia de crío.

No había entonces más seguridad social que procurar atrojes llenos al final del verano y un gorrino bien cebado que poder matar al comienzo del invierno. Por eso, en este pueblo frío de cosechas tardías, la fiesta patronal se encomendó a la Virgen del Rosario, cuando la última granza de las eras estaba ya bajo techo. Si el año había sido bueno, el trigo para el pan, más la cebada, la avena, el centeno y el forraje para el ganado eran seguro de vida para casi todo el año.

Y cuando se mataba el cerdo y los chorizos, las morcillas y los lomos acababan en los «cocios», y los jamones y los tocinos se conservaban en las artesas con sal, en nuestras familias podíamos esperar sin miedo las grandes nevadas del invierno. De ahí que la matanza también fuera otra fiesta, aunque una fiesta más familiar.

Dice el refranero que *no hay días más largos que los de un invierno sin pan*. En nuestra tierra hubo «pertinaces sequías» y el hambre debió acechar, muchos años, en la puerta de muchas familias de Masegosa, pero un pueblo pequeño como el nuestro era una gran familia de familias –incluso con sus confrontaciones y sus rencillas– y esa gran familia –la de todo un pueblo–, por lo que conocemos de la memoria colectiva de nuestros abuelos, nunca consintió dejar que nadie muriera de hambre. No sé si alguien lo dijo antes, pero, se haya dicho o no, hago aquí esta afirmación: *la pobreza se comparte con generosidad, mientras que la riqueza se atesora con egoísmo*. Ahora que se habla tanto de solidaridad, pero se encarga a los gobiernos que la apliquen, debemos exhibir con orgullo la solidaridad que practicaban nuestros padres y nuestros abuelos.

El rito de la matanza venía diseñado de generación en generación. Cada cual sabía y cumplía su función. Cuando amanecía, el hombre de la casa ya tenía preparados los leños, las aliagas y los vencejos; más la mesa, el gancho y los cuchillos. La mujer, la máquina de picar y embutir, el barreño para recoger

Pregón

la sangre, las sartenes para las gachas del almuerzo y los pucheros cociendo a la lumbre el potaje de judías para cenar.

Antes de salir el sol –salir e iluminar, que no verlo, porque era más frecuente encontrarse con una buena nevada– la familia y los vecinos más amigos ya estaban frente a la choza del cuto. Para engañar al frío no podía faltar, antes de nada, el porrón de aguardiente alcarreño, acompañado de bollos de manteca hechos en el horno municipal. Y para las mujeres el «chapurreao», con el mismo aguardiente, pero rebajado con café y azúcar.

Luego todo iba seguido: el gancho agarrado al cuello del gorrino, el gorrino que chillaba mientras la concurrencia lo coge de las patas y lo sube a la mesa, el matarife que pincha con tajo certero y la sangre del animal se vacía en segundos en el barreño que una mujer recoge dando vueltas para que cuaje y se pueda aprovechar más tarde para hacer morcillas, el chuscarrado del pelo en la lumbre, la limpieza de la piel del marrano con agua caliente mientras se rasca con rajas de leño, cascotes de teja o coberteras de cazuelas. Y, por escatológico que parezca, también hay que citar el servicio prestado por aquel que metía la mano en el culo del cochino para sacarle los excrementos, porque el pobre animal se había cagado de miedo, pero su intestino grueso, después de lavado, debía aprovecharse como morcón.

Seguidamente, los hombres lo subirán a la escalera y le quitarán la papada (la polaca), que irá directa a las ascuas para disfrutar la primera carne del guarro, mojada con nuevos tragos de aguardiente. Después le abrirán la panza y sacarán los intestinos. Entonces ya habrá mujeres para recogerlos y llevarlos a limpiar al lavadero municipal, en donde tal vez tengan que romper la placa de hielo que cubre su superficie. No olvidemos que es invierno serano. Pero las tripas del gorrino importan tanto que no se pueden desperdiciar: después de bien limpias tienen que ser recipiente para embutir chorizos y morcillas.

Mientras los hombres se relajan, dejando secar el cuerpo muerto del gorrino antes de descuartizarlo, las mujeres se afanan: hay que pelar y cocer cebollas, hay que cocer arroz para hacer morcillas... Y las comidas a su tiempo, que los hombres se impacientan.

Además de las pezuñas, en el cerdo solo sobra su vejiga. Esta, la vejiga, era el regalo que se nos ofrecía a los críos, quienes vivíamos la matanza como una fiesta. Con una caña de paja la inflábamos y jugábamos con ella como si fuera un globo pesado o un balón ligero. Salvo que antes el amigo e hijo de la casa, que ese día mandaba, decidiera guardarla para hacer una zambomba en la próxima navidad.

A propósito de lo dicho, y para acabar y no cansar, quiero recordar dos anécdotas personales.

Mi primera borrachera la cogí con unos ocho o diez años. En una matanza de casa mi madre me mandó a comprar un litro de aguardiente duz y otro de seco a la tienda de la tía Pilar. Y me dio dos botellas iguales. Entonces el aguardiente se servía a granel. Cuando salí de la tienda no recordaba qué botella era la del duz y cuál la del seco, por lo que decidí probarlos. Debí dar un buen trago del duz y me estuvo bueno. Luego probé de la otra botella, la del seco, y seguramente tosi de lo fuerte que era, pero llegando a casa había olvidado de nuevo cual era de cada sabor y di otro trago de no me acuerdo cuál de las dos botellas. Lo que sí recuerdo bien es que desde la tienda de la tía Pilar a la mía –unos cincuenta metros– debí llegar trastabillando y tartamudeando porque me llevé unos azotes y acabé durmiendo la mona en la cama.

Y la siguiente anécdota, que abrevio. La primera vez que la oí comíamos en día de matanza en la casa de mi tía Jerónima, y el porrón de vino se había parado en algún lugar de la mesa. Alguien citó a su cuñado, el tío Gabino, e inmediatamente el porrón se puso en marcha. Más tarde, en otros contextos, comprendí que citar al tío Gabino era una contraseña para pedir que el porrón o la bota de vino no pararan de circular.

Algo parecido a eso del porrón y el tío Gabino utilizo yo ahora con mi madre como contraseña. Cuando me da la bronca, que lo hace todavía a sus noventa años –porque fumo, porque bebo o por lo que sea– intento desviar su atención y le pregunto casi siempre, «¿madre, qué sabe de la tía Amparo?». Pero como ya se conoce el cuento mi madre me suele contestar: «¡Ni Amparo ni hostias, así no vas a llegar a mis años!»

Esto que leo es un pregón, pero un pregón moderno, con el intento de hacer, además, un texto literario. Está bien el propósito, y más bien en Masegosa, en donde lo introducimos los de Mansiegona, porque nunca antes y tampoco después nadie más lo ha hecho.

Pregón

Pero hubo otros pregones que son los originarios de los pueblos como el nuestro. Un señor o una señora con una bocina recorría el pueblo parándose en las esquinas de las calles ya previstas por la tradición y voceaba los bandos municipales o los encargos de los comerciantes ambulantes.

En lo que recuerdo de mi niñez, el pregonero por excelencia fue el tío Pedro Martínez, alguacil municipal. Y la última pregonera que hubo, antes de que nos invadieran los meloneros o los colchoneros con sus altavoces molestos, cortando el sueño de los que no madrugamos, fue la Gervasia. Nuestra Gervasia de todas las matanzas, que no ha faltado a ninguna. Por eso, como homenaje a ella y a los pregoneros que hubo antes, quiero que la Gervasia acabe por mí este pregón.

- Gervasia, ven aquí y di en mi lugar, con la entonación que hacíais los pregoneros de antaño, el verdadero pregón que están esperando impacientes nuestros amigos. Sopla la pita y pregona este texto:

-De orden del señor presidente de la Asociación Cultural Mansiegona, se hace saber que ya vale de chácharas y ha llegado la hora de mojar el pan en las gachas, antes de que se enfríen.

